

Federico PATÁN, *El paseo y otros acontecimientos. Antología personal*. México, CNCA, 1993. (Lecturas mexicanas, Tercera serie)

La vida sin misterio no vale nada

El paseo y otros acontecimientos es el título de una antología personal de Federico Patán que incluye cuentos publicados entre 1982 y 1991. Hacer una antología personal en plena madurez y actividad literaria supone, me imagino, hacer un alto y un recuento de lo conseguido hasta ese momento. Me imagino que el autor escoge los cuentos que le son más entrañables, ya sea por el tema, el recuerdo, la emoción que contienen o porque le costaron más trabajo que otros. En fin, éstas son cuestiones para preguntarle al autor en algún momento en que nos deje invadir esa intimidad que tanto defienden los escritores, y tal vez resulte que ni él mismo sepa bien a bien por qué escoge unos y otros los deja fuera.

Lo que sí le queda claro al lector que termina de leer esta antología es que es una selección muy cuidada para formar un todo coherente. Estos cuentos son en parte fantásticos, en parte de misterio, en parte de terror, pero todos ellos responden a una inquietud, ¿o sería mejor decir, una obsesión? Escapar de la realidad cotidiana para encontrar el misterio, porque “la vida sin misterio no vale nada”.

Lo primero que llama la atención es la atmósfera de opresión que se respira en estos cuentos. Casi todos los personajes se encuentran asfixiados por una cotidianidad aplastante que los hace querer escapar de su realidad. Esta atmósfera opresiva se ve reforzada por el misterio que rodea las acciones y el entorno de los personajes y por el suspenso que domina la narración. No hay cuento que no se hunda en el misterio, porque parece ser que el misterio, inventado o encontrado, buscado o no, es la salvación en un mundo en que la cotidianidad de lo real nos asfixia. Quizá el más opresivo, porque raya en los límites de lo absurdo, sea “En esta casa”, donde un encuentro fortuito es la causa de que el personaje se vea sometido a un interrogatorio intimidatorio del que sólo se libra cuando alguien toma el teléfono y dice: “Ya puedes venir por él”. ¿Quién sabe qué implicaciones amenazantes —encierro, tortura, muerte— pueda tener esta frase final?

Los personajes de esos cuentos parecen entrar, a querer o no, en otras realidades, aunque no en todos los casos se accede a mundos mejores. Ahí está el caso del personaje de “A la tercera va” que, otra vez por azar, es forzado a entrar en una rutina interminable que no conduce a otra cosa que la locura. El lenguaje da cuenta del sentimiento de agobio que lo sofoca:

Guardo mi prisa en la otra vida y me sumerjo en búsquedas que, no me doy cuenta de ello, me absorben y me absorben y no cuando dejo la hoja, con precisión milimétrica, en el montoncillo y tomo otra de la derecha y creo que este borde... pero no, no es así y continuo y una voz lejanísima dice “veré si el café está listo” y no sé cuando la hoja se termina y pasa a su nuevo lugar y tengo otra en la mano y el silencio y noto el crecimiento del montoncillo en montón y que llevo solo tiempo imprecisable y que no hay reloj en la habitación y que el mío de pulsera agotó la cuerda y el silencio entonces y la oscuridad externa y pienso en el café y a punto de ir a preguntar por él me digo que antes una hoja más y la tomo y... (p. 94).

En otros casos, como en “La ventana”, el contacto no buscado con la locura resulta un acto misterioso de transgresión que imposibilita el amor en el mundo de acá.

El escape de la realidad se hace a través de los sueños, la imaginación o la literatura. “¿Con qué barro y en qué molde?” es la ¿realización? de un sueño compartido sin saberlo, es la entrada en un paraíso amenazado por alguna fuerza que el personaje parece lograr destruir. “Cortezas” es la respuesta a la grisura y a la vulgaridad de un entorno de miseria mediante la imaginación que libera la fuerza creadora y que es capaz de transformar un objeto ordinario en otro bello.

Una característica de estos cuentos es que no parece posible apresar o asirse a una anécdota, a una realidad tangible. Los acontecimientos que proponen pueden estar sólo en la mente o la imaginación del narrador o el personaje. Nunca podemos decir, esto es lo que realmente sucedió. El personaje de “Mañana de domingo y de ocio” ¿asesinó o no a la joven de la flor? ¿No es suficiente que la escena donde con gran estremecimiento mata a la paloma evoque el asesinato de la “chica jovencísima”, y queden así las dos unidas a la memoria? Y en el caso de “En la isla”, ¿se trata acaso de un sueño macabro causado por el golpe de una rama? ¿O de una experiencia imaginada y deseada por el joven que nunca logra ver a su amada? Estamos en el mundo de la fantasía, la imaginación desbordada, la locura.

De hecho, el cuento “Demasiado prosaico” es una propuesta desesperada por alterar la grisura y monotonía del mundo que rodea al personaje. No deja de ser significativo que sea precisamente un profesor de literatura el que intente, en vano, hurgar en un acontecimiento que piensa podría ser más trascendente. Resulta irónico y quizá deprimente, que al final sea no sólo el autor, sino la víctima de su acción imaginativa. En “Buen café, en la Vía Apia” se nos presenta un caso insólito: un personaje escapado de no sé qué libro busca, suplica, exige que le den vida en la realidad de la literatura. Ésta es precisamente la

sensación que queda al terminar el libro: la realidad del mundo y la de la literatura no son diferentes sino que se confunden. Y en estos mundos puede suceder cualquier cosa, desde quedar irremisiblemente atrapado en un cuarto con una tarea rutinaria sin sentido alguno, hasta poder escaparse al mundo de los sueños y quedarse ahí, como sugiere “¿Con qué barro y en qué molde?”

La novela de detectives, o la novela negra, es una de las pasiones de Federico cuya influencia se manifiesta en casi todos los cuentos, pero particularmente en cuatro: “El paseo”, “En la isla”, “Mañana de domingo” y “La línea defensiva”, en los que se comete un crimen real o imaginario. Este último es quizá el más ambicioso en cuanto al manejo de la trama y el suspenso; sin embargo, creo que el autor delata su intención un poco antes de tiempo, por lo que el final pierde un poco de eficacia.

Sin embargo, el balance es sumamente positivo. Dos de los cuentos más logrados, a mi juicio, son “El cinetoscopio” y “La ventana”, donde el narrador, además de manejar con gran eficacia el suspenso enfrentándonos a situaciones que no acabamos de entender, describe con angustiada fidelidad la soledad que conduce a sus personajes a la obsesión, la locura o la muerte...

Finalmente quiero referirme al lenguaje y a la estructura de los cuentos. Existe en ellos una conciencia del lenguaje que podríamos llamar poética. Por lo menos dos de los cuentos, “Buen café, en la Vía Apia” y “La línea defensiva” tienen una estructura cíclica en la que el final del cuento vuelve al punto de partida. “Buen café...”, incluso, empieza y termina con casi las mismas palabras. En otro cuento, “¿Con qué barro...”, ciertas frases se repiten puntualmente como un estribillo, con alguna variación, dándole continuidad al sueño que se describe. Otros, como “Cortezas”, están dominados por una imagen más que por una anécdota, y evocan más el lenguaje simbólico de un poema que el descriptivo-narrativo de un cuento:

Torpe, pausado, lento, lleno de raíces. Se acercó a uno de los árboles que rodeaban la poza. [...] Y él junto al árbol, el único tronco herido. El único allí. La corteza faltante creaba un rasgón blanco, para un ojo atento similar a un rostro pesaroso o ¿por qué no?, a un rostro de sonrisa hasta alegre al cabo de un rato. Puso la mano derecha sobre el tronco. Al parecer urgida, la corteza vino al hueco de la mano (p. 74).

Pero ya el mismo autor nos dice en boca de uno de sus personajes, escritor para más señas, que quiere hacer un cuento sin trama: “un cuento moroso y complicado, lleno de interrupciones y comentarios y apartes y posposiciones”. Y a estas alturas, o más bien, a estas honduras del siglo, ¿quién puede tener interés en mantener las separaciones siempre arbitrarias entre prosa y poesía, cuento y poema?

Además de esta proyección de lenguaje poético, cada cuento va precedido por un epígrafe tomado de alguna obra literaria. El epígrafe no sólo es anuncio de lo que va a acontecer sino a su vez comentario de lo acontecido. Es otra de las preguntas que me vienen a la cabeza, si la cita antecedió de algún modo al cuento o si el cuento encontró después su epígrafe, tal es el grado de relación que existe entre ambos. El recurso de los epígrafes nos remite otra vez a las fuentes e influencias de Federico. Son cuentos sumamente literarios. Añádase a esto que Federico con frecuencia hace guiños al lector con citas de otras obras dentro de los cuentos (“Porque en ser hermosa, ninguna iguala; y en la buena fama, pocas le llegan. Y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada...”); o con alusiones a escenas de películas (“Me rasco, gesto inconsciente, la cabeza. Acaso provenga el tic de algún detective cinematográfico”), y tenemos entonces una obra cuyos significados se enriquecen con otros discursos.

Eva CRUZ YÁÑEZ